

También Granada dio la espalda a los democristianos: la Federación Demócrata Cristiana (FDC) en la transición a la democracia (1975-1977)

Juan Antonio Santana González

Universidad de Granada

tonisan@correo.ugr.es

Recibido: 24 marzo 2015 · Revisado: 7 abril 2015 · Aceptado: 9 abril 2015 · Publicación online: 20 junio 2015



RESUMEN

La democracia cristiana encaró el proceso de transición a la democracia en España con la intención de cristalizar en un proyecto político equidistante tanto a la ruptura como al reformismo. La *Federación Demócrata Cristiana* (FDC), que participó en las primeras elecciones democráticas tras cuarenta años de dictadura, el 15 de junio de 1977, representó en las urnas a esta corriente ideológica. Sin embargo, los resultados fueron adversos a los democristianos, cuyas previsiones se toparon con la cruda realidad: los moderados se decantaron por *Unión de Centro Democrático* (UCD) y los sectores progresistas del electorado por el *Partido Socialista Obrero Español* (PSOE). Este sorprendente fracaso ha pasado inadvertido para la historiografía. Por este motivo, y desde una perspectiva local, atendemos el desarrollo y el fracaso del proyecto político demócrata cristiano en la provincia de Granada, pues sólo desde este enfoque podremos comprender la dinámica de la democracia cristiana durante la transición.

Palabras clave: transición, democracia cristiana, *Federación Demócrata Cristiana*, Granada.

ABSTRACT

The Christian democracy faced the transition process to democracy in Spain with the goal to crystallize a political project, which was as equidistant from the rupture as from the reformism. The Federación Demócrata Cristiana (FDC) participated in the first democratic elections after the dictatorship (15th June 1977) represented this political tendency. However, the results were adverse to Demochristians: the moderate voters were decanted by Unión de Centro Democrático (UCD) and the progressives by the Partido Socialista Obrero Español (PSOE). This surprising failure has been passed unnoticed in historiography. From a local perspective we research the development and failure of the demochristian political project in the province of Granada in the 1977 elections and only with this approach we can understand the dynamics of the Christian democracy during the transition.

Keywords: transition, Christian democracy, *Federación Demócrata Cristiana*, Granada.



INTRODUCCIÓN

A finales de la década de los sesenta se extendió la idea de que, tras la muerte de Franco, un partido demócrata cristiano conduciría a España hacia la democracia. En este sentido, y tomando como modelo a Italia, el sociólogo Juan J. Linz aventuró, en 1967, que el futuro sistema político español estaría dominado por democristianos y comunistas.¹ Algunos sectores punteros del propio régimen compartían, temerosos, esta apreciación. Así, el vicepresidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, informó al dictador de la magnitud que estaba adquiriendo la oposición demócrata cristiana a la altura de 1969. Carrero señaló a los dos principales responsables de esto: el Papa, Pablo VI, y el que fuera ministro de Educación Nacional en los cincuenta, Joaquín Ruiz-Giménez. Ambos, aliados, deseaban acabar con los principios autoritarios del 18 de julio e instaurar una democracia a la europea, aunque ello entrañase llegar a acuerdos con socialistas y comunistas.² Dichas predicciones, sin embargo, erraron: nada quedó de la democracia cristiana tras la celebración de las primeras elecciones democráticas tras cuarenta años de dictadura, el 15 de junio de 1977.

En 1975 existían, pese a todo, incipientes partidos democristianos diseminados por la geografía del país. A los históricos *Partido Nacionalista Vasco* [PNV] y *Unió Democràtica de Catalunya* [UDC], se sumaron, en los últimos años del franquismo, *Izquierda Democrática* [ID], *Federación Popular Democrática* [FPD] y *Unió Democràtica del País Valencià* [UDPV]. Una década antes, en 1965, todos ellos, a excepción de la *non nata* UDPV, conformaron el *Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español* [EDCEE], plataforma unitaria de los democristianos de este lado de los Pirineos para establecer contactos, desde la ilegalidad, con sus homólogos europeos. Desde entonces hasta las I Jornadas del EDCEE, celebradas en Montserrat en 1973, estos partidos se dedicaron a divulgar sus respectivos idearios a través de publicaciones afines, como *Cuadernos para el Diálogo*³ o *Discusión y Convivencia*, relativamente tolerados por las estructuras represivas del Estado. Pero ni las tendencias aperturistas ni tampoco las reformistas, que asomaron tímidamente la cabeza durante el tardofranquismo, dieron pie a que los democristianos se constituyeran en la punta de lanza de un centro-derecha democrático que pudiera guiar el proceso de transición. Una vez muerto Franco, se abrió un marco de actuación incierto, donde los opositores más enconados a la dictadura compartían espacios y órganos políticos con formaciones moderadas pero que abogaban por una salida rupturista al franquismo, como era el caso de los partidos democristianos.

El viraje progresista de estos partidos obedeció a varios factores: su marginación respecto al primer Gobierno de la Monarquía, la necesidad de impregnarse de una

¹ Juan J. Linz, *El sistema de partidos en España*, Madrid, Narcea, 1976, págs. 187-191.

² Javier Tusell, Carrero. *La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pág. 348.

³ Javier Muñoz Soro: *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

retórica favorable a la ruptura para no quedar encasillados como formaciones excesivamente vinculadas al confesionalismo, el ideario socialmente avanzado de algunos de sus líderes, y la ocupación por parte del Ejecutivo presidido por Adolfo Suárez del centro del espectro político a través de *Unión de Centro Democrático* [UCD]. Asimismo, ID y FPD, de proyección nacional, acercaron posturas hasta coaligarse cara a los comicios del 15 de junio en la *Federación Demócrata Cristiana* [FDC]. Ésta, aspiraba a convertirse en el eje vertebrador de los restantes partidos democristianos, que conservaron la autonomía dados sus marcados perfiles regionalistas y nacionalistas. También esperaban constituirse como un partido unitario tras las elecciones, un espacio de encuentro y de diálogo que limara asperezas entre los distintos antagonismos partidistas. Pero todos estos proyectos y anhelos se diluyeron tras conocerse el veredicto de los españoles.

Algo antes incluso de que los dos partidos democristianos refrendaran su coalición, las expectativas electorales del presidente de ID, Ruiz-Giménez, eran relativamente altas. A tenor de las encuestas, esperaban obtener un 16% de los votos, con los que se convertirían en la tercera fuerza del arco parlamentario, cerca de la neofranquista *Alianza Popular* [AP], con el 20% de los votos, y del *Partido Socialista Obrero Español* [PSOE], con el 17%.⁴ El transcurso del tiempo, sin embargo, rebajó sus expectativas mientras fue tomando forma la idea de una coalición liderada por el presidente Suárez. Así, a escasos días de iniciarse la campaña, la FDC pensaba obtener un 10% de los votos, lo que se materializaría en una docena de diputados en el Congreso.⁵ Finalmente, no alcanzaron ese mínimo, quedando excluidos de la Cámara Baja y con sólo algunos senadores electos entre sus filas.⁶ La sensación de fracaso fue mayúscula pues, a pesar de afrontar el reto electoral con dos líderes sobradamente conocidos socialmente, de contar con el respaldo de la *Unión Europea Demócrata Cristiana* [UEDC], y de ofrecer un programa a medio camino entre el cambio en profundidad y el reformismo, su peso político en las Cortes fue meramente testimonial.

A tenor de lo expuesto, y dado que las consideraciones realizadas por la historiografía acerca de las causas del fracaso de la democracia cristiana española en la transición han sido escasas,⁷ cuando no han brillado por su ausencia, y que en las contadas ocasiones que se han tenido en cuenta se han limitado a identificar las

⁴ «Ruiz-Giménez propugna un “pacto de no agresión”», *Arriba*, 11 de enero de 1977, s/p.

⁵ «La Democracia Cristiana se conforma con doce diputados: Ruiz-Giménez y Gil-Robles, candidatos al Congreso por Madrid», *Informaciones*, 6 de mayo de 1977, pág. 4.

⁶ Que además, se presentaron en las listas de *Senadores para la Democracia*, consensuadas con independientes y partidos de izquierda en algunas provincias, entre ellas Granada.

⁷ Algunas excepciones, Donato Barba, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia Cristiana*, Madrid, Encuentro, 2001; Óscar Rodríguez Buznego, «Una explicación de la ausencia de democracia cristiana en España», *Documentos de trabajo (Universidad de Oviedo. Facultad de Ciencias Económicas)*, 102 (1996). Sobre el origen de la democracia cristiana en la España del primer tercio del siglo XX, Javier Tusell, *Historia de la Democracia Cristiana en España*, Madrid, Edicusa, 1974.

rencillas personales entre sus dirigentes,⁸ queremos desentrañar el desarrollo de este proyecto político desde la perspectiva local. La provincia de Granada resulta un marco adecuado y representativo, para comprender la dinámica de un proceso en el cual las formaciones democristianas de alcance nacional, ID y FPD, pasaron de ser alternativas de centro-derecha para el nuevo marco democrático a caer en el olvido tras fracasar estrepitosamente en las únicas elecciones a las que acudieron como coalición, en 1977.

Para indagar en la génesis, desarrollo y el postrero ocaso de la democracia cristiana en la provincia de Granada, utilizamos varias fuentes documentales. En primer lugar, las publicaciones periódicas locales, *Idealy Patria*, dado que ambas ofrecieron un marco detallado del proceso. En segundo lugar, otras fuentes hemerográficas, como *ABC Sevilla* y periódicos de tirada nacional, a partir de los cuales encuadramos las causas que condujeron al fracaso en las urnas de la FDC. En tercer lugar, consultamos varios archivos, como el *Archivo Ruiz-Giménez* [AR-G] y el *Archivo de la Democracia* [AD], porque en ellos se encuentran documentos que arrojan luz sobre los nexos que unieron con Granada al principal líder de esta opción política y a los partidos que la conformaron, respectivamente. Y, en cuarto lugar, nos hicimos eco de la bibliografía que ha abordado este tema que, aunque escasa, complementa la información obtenida de las fuentes primarias.

Para comprender las carencias que condujeron a la coalición al fracaso, y posterior disolución, tanto en Granada como en el conjunto del país, prestaremos atención al distanciamiento de la Iglesia respecto a la democracia cristiana y al escaso apoyo que concitaron en la sociedad civil, en cuyas asociaciones, clubes y movimientos vecinales no se llegaron a implicar en ningún momento. Después, desgranaremos la conformación y desarrollo de la candidatura electoral de la FDC en la provincia cara a las elecciones generales de 1977, ya que a partir del análisis de la estrategia que adoptaron durante la pre-campaña, de los perfiles de quienes integraron la lista de la formación y del discurso que emplearon en ruedas de prensa y mítines, identificaremos los sucesivos pasos que les encaminaron hacia el desastre. Éste, consagrado por la ciudadanía en las urnas, se dejó sentir, no obstante, hasta 1979, motivo por el cual dedicaremos el último apartado al epílogo de la *Federación* en la provincia cuando, entre debates y enfrentamientos internos, muchos abandonaron la nave mientras que la estructura de la coalición colapsaba y terminaba hundida en las turbulentas aguas de la transición.

SIN EL SUSTENTO DE LA IGLESIA Y SIN EL APOYO DE LA SOCIEDAD CIVIL, NI EN GRANADA NI EN EL RESTO DEL ESTADO

En los convulsos meses que siguieron a la muerte de Franco, los democristianos desplegaron una considerable actividad pública. Organizaron encuentros internacionales con sus homólogos europeos, celebraron las *III Jornadas* EDCEE,⁹ y sus líderes

⁸ Jonathan Hopkin, *El partido de la transición. Ascenso y caída de la UCD*, Madrid, Acento, 2000, págs. 73-75.

⁹ EDCEE, Terceras Jornadas Demócrata-Cristianas, enero de 1976, AD [Archivo de la Democracia], 04 19.

aparecieron habitualmente en revistas y periódicos. Dado que nunca fueron perseguidos ni encarcelados en la medida en que lo fueron otros sectores de la oposición al franquismo, pero que tampoco establecieron alianzas con las muchas personalidades aperturistas que se afanaban por cambiar lo necesario para que todo siguiera igual, se presentaron libres de pecado respecto a la dictadura. Aunque no por ello renunciaron a mantener contacto con plataformas de la oposición, pues ID formaba parte de la *Plataforma de Convergencia Democrática* junto a formaciones socialistas. Sin embargo, pronto tuvieron que afrontar obstáculos que limitaron su proyección pública y sus posibilidades en el marco democrático que, a marchas forzadas, se iba ensanchando día tras día.

Pero los democristianos no asumieron el papel al que parecían estar predestinados, principalmente porque la Iglesia les negó el soporte que necesitaba una estructura política y porque ni contaban con el apoyo de los sectores punteros de la derecha ni con una base de simpatizantes y militantes. En este sentido, el primer revés llegó de la *Conferencia Episcopal Española*. En diciembre de 1976, Vicente Enrique y Tarancón, presidente de la organización, se refirió en una *Carta Pastoral* a la necesaria neutralidad que la Iglesia debía asumir ante el proceso que se iniciaba. En esta línea, veía innecesarios, y aún nocivos, los partidos confesionales. A tenor del Concilio Vaticano II, no se podía respaldar a ningún partido que se denominara demócrata cristiano, aunque no se podía obviar que ésta era ya «una “marca registrada” supranacional». Con la vista puesta en la activa implicación política de la Iglesia durante la II República, Tarancón señaló que la ciudadanía esperaba que esa alianza entre poder político y poder eclesiástico no volviera a repetirse dado que mucha gente pensaba que la institución, tradicionalmente, «se ha valido del Poder para defender sus intereses específicos».¹⁰

No cabían dudas: la institución eclesiástica quería tomar distancia de los asuntos temporales tras décadas de maridaje con el régimen franquista aunque, de esta forma, dejaran sin su sustento primordial a la democracia cristiana. Parecía que el respaldo otorgado por la Iglesia a los partidos de esta tendencia tras la II Guerra Mundial, alianza que siguió vigente durante los setenta, especialmente en Italia,¹¹ no se reproduciría en España. La mano derecha de Tarancón, Martín Patino, fue tajante al respecto: calificó a estas formaciones de «reductos preconciarios» ante las que había que estar en guardia, porque su denominación era un «señuelo», «como si con esto consiguieran ya desconfiar al Evangelio».¹² A todo ello se añadió que uno de los promotores de la FDC, José María Gil-Robles, estuvo intrínsecamente ligado a las tendencias antidemocráticas de la Iglesia en la década de los treinta, a través de la *Confederación Española de*

¹⁰ «Una puntualización oportuna. Partidos con apellidos cristianos», *ABC*, 29 de diciembre de 1976, pág. 3.

¹¹ Philippe Chenaux, *Une Europe Vaticane? Entre le plan Marshall et les traités de Rome*, Bruxelles, Ciaco, 1990.

¹² Reyes Mate, «Iglesia y democracia cristiana», *Cuadernos para el Diálogo*, 199 (1977), pág. 29.

Derechas Autónomas [CEDA], con lo cual, el desapego de la jerarquía ante la democracia cristiana era consecuente con las tendencias renovadoras, mayoritarias en la institución.

Sin embargo, la neutralidad —abstenerse de patrocinar un proyecto demócrata cristiano, sin renunciar por ello a la defensa política de los intereses eclesiásticos— por la que abogaba Tarancón no era compartida por todos en el seno de la Curia. De forma que, en el transcurso de la primavera de 1977, corrió el rumor de que una serie de jerarcas estaban dispuestos a expresar, abiertamente, su apoyo a la FDC. Algunos de los señalados eran el obispo de Cartagena, el de Huelva, el obispo auxiliar de Sevilla o el propio arzobispo de Granada, Emilio Benavent.¹³ En concreto, se esperaba que éste tomara partido porque le unía una sincera amistad con Ruiz-Giménez y porque, desde los sesenta, abogó por el entendimiento y la concordia para dejar atrás, de una vez por todas, el lenguaje guerracivilista.

Llegado el momento, no obstante, la jerarquía eclesiástica de la provincia tampoco dio su visto bueno a una opción política demócrata cristiana, ni siquiera matizaron la condena de la *Conferencia Episcopal* a la existencia de formaciones que se denominaran «cristianas». Al contrario, la homilía pronunciada a principios de mayo por el arzobispo Benavent, pese a utilizar conceptos eminentemente políticos como «justicia» o «convivencia», incidió en la libertad de los católicos a la hora de emitir su voto. Para Benavent, los cristianos no podían absolutizar proyectos políticos y, análogamente, los partidos no debían presentarse ante los electores mezclando sus propuestas con cuestiones religiosas, ya que «desde una misma fe caben diferentes preferencias políticas».¹⁴

Pero no todos los miembros de la alta jerarquía se abstuvieron de opinar públicamente sobre cuestiones políticas, aunque quienes tomaron la palabra no se pronunciaron precisamente a favor de los democristianos. En este sentido, la *Pastoral de Obispos* celebrada en Burgos a finales de abril de 1977, fue una llamada de atención para los cristianos que pensaran decantarse por opciones políticas marxistas, ya que dicha ideología era incompatible con la fe cristiana. Asimismo, los tres obispos y el arzobispo que tomaron partido por los valores de la Iglesia nacionalcatólica, advirtieron sobre el peligro de tejer alianzas *contranatura* entre cristianos y socialistas.¹⁵ De esta forma, tras negar la vigencia de opciones demócratas cristianas, criticaron éstas por servir, tangencialmente, a los intereses de la izquierda.

Como vemos, la ojeriza de algunos sectores de la Iglesia hacia los programas de izquierdas y con todos aquellos que transigían frente a partidos socialistas y comunistas, afectó también a los democristianos, dado que éstos apoyaban la candidatura unitaria de *Senadores para la Democracia*. Tampoco el principal altavoz de los inmovilistas en

¹³ Federico Abascal Gasset, «El parto del Supremo», *Cuadernos para el Diálogo*, 200 (1977), págs. 12-14.

¹⁴ «La homilía del Arzobispo: “Hay quienes absolutizan sus opciones políticas”», *Patria*, 10 de mayo de 1977, pág. 11.

¹⁵ «El creyente ha de rechazar programas que propugnan el materialismo ateo», *ABC*, 1 de mayo de 1977, pág. 27.

el ámbito eclesiástico, Marcelo González, cardenal primado de Toledo, contuvo sus exabruptos ante dichos colectivos, aunque al expresar sus opiniones contrariara la neutralidad postulada por la institución. En plena campaña, y ante la asociación de padres de alumnos de un colegio de Toledo, González advirtió de los peligros que entrañaban aquellos partidos y coaliciones que querían terminar con la posibilidad de los padres de elegir la educación de sus hijos, un derecho «inalienable» que muchos querían avasallar.¹⁶ La acusación, pese a no mencionar explícitamente a la FDC, invitaba a los creyentes a votar por el centro y por la derecha, a combatir a los partidos laicos y a recelar de los cristianos aliados con las formaciones de izquierda.

En este punto, podría pensarse que los movimientos cristianos de base, las *Hermandades Obreras de Acción Católica* [HOAC] y las *Juventudes Obreras Católicas* [JOC], nutrieron de cuadros a los democristianos, compensando en cierta medida que las altas instancias religiosas les hubieran dejado de lado. Pero la defensa de principios democráticos y socialmente avanzados que estos colectivos y organizaciones cristianas de laicos realizaron a lo largo del tardofranquismo, no redundó directamente en beneficio de la FDC. Y ello fue así porque, cuando se conformó la coalición, entre finales de 1976 y principios de 1977, los órganos sectoriales de Acción Católica carecían ya de la vitalidad que tuvieron en la década de los sesenta y que, en gran medida, contribuyó a legitimar a los partidos de la izquierda antifranquista. En Granada, además, las personalidades relevantes que participaron en dichas organizaciones lo hicieron con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de los habitantes de los barrios de la capital y de conseguir que la política tuviera en cuenta las necesidades de las clases sociales más desfavorecidas.¹⁷ Pero, en muy pocos casos, llegaron esos temas a canalizarse en propuestas partidistas específicas.

Asimismo, el impacto del ideario democristiano en las redes asociativas, vecinales y laborales, fue, del mismo modo, muy escaso. Y si éstas fueron el vivero de cuadros dirigentes para los partidos de izquierda, no ocurrió del mismo modo en relación a los partidos que dieron forma a la coalición FDC. El discurso político demócrata cristiano, por tanto, no penetró en los colectivos ciudadanos más movilizados durante el franquismo, sus dirigentes no encabezaron manifestaciones ni se implicaron en el creciente descontento de base que se dejaba sentir a través de huelgas y conflictividad social. Por ello, esta opción partidista no se estructuró en la transición sobre un nutrido número de militantes, ni tampoco en torno a las élites provinciales reformistas, que se acabaron integrando en UCD, característica que permite vislumbrar una imagen sobre la debilidad y la inconsistencia del proyecto de la democracia cristiana granadina.

¹⁶ «Monseñor González Martín: “En el campo de la educación están surgiendo tendencias políticas que quieren avasallar a la familia», *Ideal*, 7 de junio de 1977, pág. 13.

¹⁷ Teresa María Ortega López, «Obreros y vecinos en el tardofranquismo y la transición política (1966-1977). Una “lucha” conjunta para un mismo fin», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V*, 16 (2004), págs. 351-369.

Al hilo de lo expuesto, las cifras corroboran que no existió una numerosa base de militantes democristianos en la provincia. Así, en abril de 1977, ya legalizados y prestos a afrontar la cita electoral, ID contaba en Granada únicamente con 17 afiliados, de un total de 183 en Andalucía y 1136 en el conjunto del Estado. Desconocemos los datos específicos en lo que respecta a la FDC, pero su implantación presumiblemente fue menor, ya que en toda la región a solo tenían 66 miembros, mientras que en el ámbito nacional apenas eran 477 los ligados al partido.¹⁸ Ello contrasta con la importante y activa militancia de sectores populares en partidos situados en el ámbito de las izquierdas e, igualmente, enfatiza la preponderancia del componente elitista en los partidos de la democracia cristiana.

No obstante, es innegable que, tras asumir la desafección de la Iglesia con respecto a su propuesta y al entender que las formaciones de izquierda eran hegemónicas en los movimientos asociativos, la FDC potenció a la desesperada las vías de contacto con determinados sectores de la sociedad civil. Un ejemplo ilustrativo de ello lo encontramos en Málaga, en abril de 1977, en el *I Encuentro de las Juventudes Democristianas de Andalucía con las del resto del país*. A sabiendas de la trascendencia que entrañaba el relevo generacional para el proceso de democratización en el que querían participar, movilizaron a sus dirigentes más jóvenes para, empleando un discurso que hacía referencia a los problemas socio-económicos que más preocupaban a este sector de la población,¹⁹ ganarse el apoyo de aquella franja de edad, entre los 21 y 35 años, que no vivió la Guerra Civil ni la ambigüedad política de los cristianos durante la II República. De todas formas, este enésimo intento democristiano de conectar con la nueva situación socio-política se topó con que las circunstancias no le eran propicias: el asalto a las instituciones para democratizar el país desde dentro se llevaría a cabo sin el apoyo de la Iglesia y mediante unas bases de militantes y de simpatizantes auténticamente raquílicas.

LAS ELECCIONES GENERALES DE JUNIO DE 1977 EN GRANADA: EL PRINCIPIO DEL FIN

El trágico destino de los democristianos en la transición tuvo tres etapas. Durante la primera de ellas, la coalición inició su andadura inmersa en el problema que suponía dar consistencia a un proyecto a marchas forzadas y sin cuadros políticos representativos para los electores de las distintas provincias. La segunda abarcó el período que duró la campaña, tres semanas en las que se dieron de bruces con la carestía de medios materiales en comparación con el reformismo centrista, con errores estratégicos de gran

¹⁸ Guillermo M. Márquez Cruz, *Almería en la transición. Elecciones y sistema de partidos (1976-1980)*, Almería, Guillermo M. Márquez Cruz, 1981, pág. 13.

¹⁹ «Celebrado el primer encuentro de las juventudes democristiana de Andalucía con las del resto del país», *Ideal*, 14 de abril de 1977, pág. 14.

calado que les impidieron ampliar sus apoyos populares y con la creciente sensación de que el resultado final sería desastroso. Finalmente, la tercera, fue la jornada electoral del 15 de junio, cuando la FDC, en el conjunto del Estado, obtuvo 215.841 votos, lo que significa que sólo un exiguo 1,18% de quienes acudieron a las urnas aquel día se decantó por la democracia cristiana. En la situación opuesta quedó el reformismo, pues UCD obtuvo más de seis millones de votos y el respaldo electoral del 34,44% de los ciudadanos que participaron en los comicios, lo que se tradujo en 165 diputados.²⁰ En Granada, el desarrollo de este proceso fue muy semejante y también refrendó que la suerte del ideario democristiano en la transición se había jugado en las urnas, y que en ellas fueron clamorosamente derrotados.

La coalición entre ID y FPD se gestó en Andalucía durante el mes de febrero de 1977. El acuerdo se alcanzó relativamente pronto, sobre todo si se compara con la coalición UCD, que no fraguó hasta el mes de mayo, pues los democristianos esperaban obtener representación parlamentaria en alguna de las 8 provincias andaluzas y no cabían demoras si se quería alcanzar dicho objetivo. El acuerdo interpartidista se refrendó en el Consejo Regional de ID, celebrado en Granada el 13 de febrero, donde quedó aprobada la conjunción con la formación que representaba a FPD en Andalucía, el *Partido Popular Democrático Andaluz* [PPDA]. A partir de esta alianza querían profundizar en la implantación territorial e, incluso, atraer hacia ella a grupos liberales y socialdemócratas de la región para así fortalecerla como opción electoral.²¹ Pese a todo, y aunque se adelantaran a la formación de la coalición entre los dos partidos a nivel estatal, los democristianos andaluces no lograron evitar que el reformismo sustentado por el aparato del Estado los marginara durante la larga marcha hacia las urnas.

Sin apenas cuadros entre sus filas, era necesario encontrar a una personalidad socialmente reconocible, y desvinculada del régimen franquista, para atraer a los votantes granadinos. También en este terreno la FDC tuvo que afrontar diversos contratiempos, pues el primer candidato en el que pensaron para encabezar la lista electoral por la circunscripción de Granada, Manuel Jiménez de Parga, rechazó la propuesta de Ruiz-Giménez.²² Catedrático de la Universidad de Barcelona pero nacido en la capital andaluza, Jiménez de Parga parecía destinado a regresar a la tierra en la que transcurrió su juventud para llevar a buen puerto un proyecto político democrático, católico y progresista, en consonancia con las ideas que, ya en los sesenta, había plasmado en diversos libros.²³ El fallido intento de vincular a la candidatura democristiana a este antifranquista moderado que había colaborado con *Cuadernos para el Diálogo* durante

²⁰ Recuperado de Internet (<http://www.historiaelectoral.com/e1977.html>).

²¹ «El Consejo Regional de Izquierda Democrática de Andalucía (IDA)», *ABC Sevilla*, 1 de febrero de 1977, pág. 6.

²² Manuel Jiménez de Parga, *Vivir es arriesgarse. Memoria de lo pasado y de lo estudiado*, Barcelona, Planeta, 2008, pág. 253.

²³ Véase, Manuel Jiménez de Parga, *Atisbos desde esta España*, Madrid, Guadiana, 1968.

años, tuvo nefastas consecuencias, ya que Jiménez de Parga afrontó las elecciones generales como cabeza de lista de UCD por Barcelona. Finalmente, obtuvo el acta de diputado y formó parte del Gobierno de Suárez al ocupar la cartera de Trabajo entre 1977 y 1978. Algo que pudo ser una simple negativa, integrar a Jiménez de Parga, se convirtió en un foco de dudas para la FDC, pues potenciales candidatos les daban la espalda y se integraban en la formación centrista. El carisma del granadino afincado en Barcelona no estuvo entre las bazas con las que se presentaron a los electores, de manera que quienes representaron a la coalición en la provincia adolecían, en comparación, de un bajo perfil político.

En esta tesitura cristalizó la democracia cristiana granadina, en el mes de abril, a renglón seguido de que sus principales dirigentes nacionales rubricaran la coalición electoral. Sin un firme candidato a hacerse cargo del partido, tras la negativa de Jiménez de Parga, y ante la inminencia de las elecciones, tuvieron que adecuarse a las circunstancias. Por ello, en un alarde de improvisación, designaron presidente al médico Arturo Gómez Sánchez-Reina, vicepresidente a Juan Roldán Rodríguez y secretario general al periodista José Luis de Mena Mejuto. Ellos serían los encargados de vertebrar a la FDC en la provincia, aunque ninguno había estado implicado con anterioridad en movimientos sociales o en redes asociativas. A lo sumo Sánchez-Reina que, en el pasado, estuvo ligado a una asociación, como presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada, entre 1972-1973, cargo que ya ostentó uno de sus hermanos en los cincuenta. Por lo que, el peso de representar públicamente al partido estaba llamado a caer en las espaldas del periodista del diario católico *Ideal*, Mena Mejuto.

Tras la elección del comité provincial de la coalición, ésta se presentó a los medios. Reclamaron la legalización inmediata de todos los partidos, sin excepción, en referencia a los partidos republicanos que permanecían en la ilegalidad, e hicieron un llamamiento a la solidaridad interpartidista, para que el Gobierno no se amparara en presiones y escamoteara la plena democracia a los ciudadanos.²⁴ En este comunicado podemos observar dos aspectos que denotan cómo el proyecto demócrata cristiano era sumamente endeble en la provincia. En primer lugar, se refirieron a problemas candentes en la agenda política estatal, pero no incidieron en asuntos que afectaban directamente a las personas que estaban llamadas a las urnas, como el incremento del paro o la inexistencia de políticas sociales. En segundo lugar, no dirigieron sus críticas hacia los partidos de izquierda, sino que incidieron directamente en la línea de flotación del Ejecutivo que, en aquel momento, todavía no había dado a conocer su pretensión de participar en el proceso electoral.

²⁴ «Arturo Gómez Sánchez-Reina, presidente del Comité provincial de la Federación Demócrata Cristiana», *Ideal*, 15 de abril de 1977, pág. 17.

Pero a lo largo del mes de mayo, para sorpresa de muchos, desde Madrid se alteraron las coordenadas de la federación en la provincia, pues se impuso a una dirigente de ID para que tomara las riendas de la campaña en Granada. Así, José Luis de Mena fue desplazado en favor de Mabel Pérez-Serrano, presidenta de la *Asociación de Mujeres Separadas*, que pasó a encabezar la candidatura electoral de la FDC. La operación, arriesgada por cuanto supuso situar a una persona que no era natural del lugar y que, además, estaba vinculada a movimientos feministas, no se explicó en el momento en que se llevó a cabo. Así, la composición de las listas se dio a conocer a principios de mayo, y la primera aparición pública de Pérez-Serrano se hizo esperar hasta el 24 del mismo mes, día en el que comenzó oficialmente la campaña electoral.

Por otro lado, el resto de la candidatura de Granada la conformaron personas vinculadas, mayoritariamente, a profesiones liberales y exentas de pasado político. Entre ellas estuvieron un agente comercial, un arquitecto, una empleada doméstica y ama de casa, y un estudiante y agricultor. Mientras que se quedaron fuera, en el último momento, un estudiante y un abogado de Guadix y jefe de Relaciones Públicas del Banco Hispano. Eran personas nuevas para un marco nuevo, pero estaban desconectadas de la sociedad civil y del entramado asociativo de la provincia.

En cuanto a la candidatura democristiana al Senado, concientes de que obtener un acta de senador era prácticamente imposible, dado el sistema mayoritario que regía las votaciones para la Cámara Alta, la FDC se integró en la candidatura *Senadores para la Democracia*. Sin embargo, en esta plataforma la voz cantante la llevó, en todo momento, el PSOE. Hasta tal punto que el único nombre que propusieron los democristianos, el presidente del Colegio de Médicos, Gerardo Moréu, para que figurara en la terna, quedó excluido de la misma por la oposición de los socialistas.²⁵ La debilidad de la coalición en Granada afectó, también, a su capacidad negociadora en la candidatura al Senado.

En contraposición a la candidatura de la FDC, el conglomerado centrista situó a personalidades relevantes de la vida pública granadina en los primeros puestos de su lista al Congreso, y a algunas cuya implicación ciudadana era notoria entre sus candidatos al Senado. Así, Federico Mayor Zaragoza fue el número uno en la candidatura de UCD al Parlamento. Este barcelonés de nacimiento pero Catedrático de Bioquímica de la Universidad de Granada desde 1963, donde ocupó el cargo de Rector entre 1968 y 1972, era recordado por haberse mostrado tolerante con las demandas de los estudiantes.²⁶ Le seguía en la lista un granadino, en este caso, de trayectoria política dilatada a pesar de su juventud, Arturo Moya Moreno. Empresario y candidato en 1971 a las elecciones a procurador por el tercio familiar en su ciudad, en las que no resultó elegido porque representaba una alternativa a los prohombres

²⁵ *Ideal*, 29 de abril de 1977, pág. 19.

²⁶ Joaquín Bardavío, *Retrato de Federico Mayor Zaragoza*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1994.

que apoyaban las instituciones, Moya fundó, junto a otros, la sociedad, de inspiración socialdemócrata, *Causa Ciudadana* [CACISA], en 1975. A partir de entonces, y hasta integrarse en UCD, organizó varios eventos en la capital de la provincia, donde enfatizó un discurso anticaciquil, anticentralista y levemente andalucista.²⁷ La principal baza centrista para el Senado, Antonio Jiménez Blanco, era entonces presidente del Centro Artístico y uno de los promotores del Club Larra, espacios ambos donde se debatió, sin tapujos, acerca de la libertad y de la democracia.²⁸ Tres hombres, por tanto, muy representativos de la distancia que separaba a la candidatura democristiana de la centrista en la provincia, con la que estaban, o habían estado, implicados. Sus rostros y nombres aparecieron prácticamente a diario en los espacios propagandísticos de los medios de comunicación y en los carteles y octavillas que salpicaban las calles, y todo ello se dejó sentir, negativamente para los intereses de la FDC, en el resultado final de la campaña.

Y es que, como decíamos, la presentación pública de la *Federación* en Granada no se produjo hasta el día en que dio inicio la campaña electoral, el 25 de mayo. En aquel acto, remarcaron el carácter aconfesional de la coalición y que su objetivo principal era el de abrir un período constituyente tras las elecciones que consagrara los derechos humanos, la libertad y el federalismo que apoyaban los sectores del país más reacios al continuismo. Mena Mejuto resaltó las propuestas progresistas en materia agraria del programa electoral, en especial la exigencia de una Reforma Agraria que obligara a cultivar aquellas tierras infrautilizadas, y achacó a UCD su «neofranquismo» encubierto bajo falsos ropajes. Pérez-Serrano se vio obligada a justificar su doble condición: «cunera» y dirigente del movimiento feminista. Respecto al primer tema, recordó que su abuela era natural de la Zubia y su padre de la capital de la provincia, por lo que su vinculación a Granada no era una mera estratagema política. En relación a su feminismo, defendió la militancia en asociaciones civiles y, al mismo tiempo, en la esfera partidista, ya que los dos ámbitos no se excluían entre sí. En este sentido, puntualizó la idiosincrasia de «su» feminismo: favorable al divorcio civil, incluso en algunos casos al canónico, pero en contra del aborto, como de cualquier tipo de condena a muerte.²⁹ Aquella intervención dejó entrever que los dos principales candidatos democristianos por Granada tenían un perfil muy diferente, y si, mientras Mena Mejuto representaba el ideario de la coalición para la provincia, Pérez-Serrano era el rostro novedoso de una candidatura que pretendía dotarse de unos tintes progresistas que la diferenciaran, cara a los electores, de UCD.

Por este motivo, en sus mítines a lo largo y ancho de la provincia, los candidatos democristianos enfocaron sus críticas hacia el ambiguo origen del centrismo de UCD

²⁷ Juan de Dios Mellado, *Arturo Moya. Lucha y esperanza*, Granada, Equipo Andaluz de Medios, 1979.

²⁸ Antonio Jiménez Blanco, *Los niños de la guerra ya somos viejos*, Madrid, Unión Editorial, 1994.

²⁹ *Ideal*, 25 de mayo de 1977, pág. 17.

y hacia el supuesto democratismo de la coalición que encabezaba Adolfo Suárez. En Alhama de Granada, por ejemplo, calificaron de personas antidemocráticas a aquellas que orquestaron UCD en la provincia. Además, arremetieron contra la pretensión del centro de apropiarse de la denominación «cristiana», cuando en realidad la FDC era la única opción que se presentaba a las elecciones que había sido homologada internacionalmente como demócrata cristiana.³⁰ Identificaron, por tanto, que el principal adversario, con quienes se disputarían los votos el 15 de junio, era el reformismo auspiciado por el Ejecutivo, una heterogénea y vacía operación política cuyos dirigentes estaban aún a medio camino entre la dictadura y la democracia.

Sin embargo, concientes de que denominarse demócratas cristianos y arremeter contra UCD no bastaba para atraer apoyos que se tradujeran en votos, José Luis de Mena presentó en sociedad el programa democristiano para Andalucía. Enfocado en terminar con el subdesarrollo de la región, denunciaba el lastre que suponía la pervivencia de una oligarquía rural incapaz de modernizar el sector primario. Ello provocaba desequilibrios respecto a otras zonas del país, la emigración, las altas tasas de desempleo y las carencias culturales que afectaban a los trabajadores del campo andaluz. Para paliar esta situación, proponía equiparar las economías de aquellos territorios más industrializados, como Cataluña y el País Vasco, con las de las regiones que padecían un atraso secular, mediante una actividad política de igualdad promovida por el Estado. Al hilo de esto, y en disonancia con la tibia propuesta autonomista del ideario de la coalición, Mena Mejuto se decantaba, a título individual, por una ordenación autonómica del Estado que no se limitara a las comunidades históricas, no descartando tampoco la opción federalista.³¹

En paralelo al propio programa, y sinceramente convencidos de que la equiparación con otras democracias cristianas europeas les favorecería, la FDC enfatizó especialmente, durante la campaña, los estrechos lazos que la unían a la *Democrazia Cristiana Italiana* [DCI]. Este partido, que gobernaba Italia desde la posguerra, y que había sido capaz de limar asperezas con la oposición comunista por salvaguardar la estabilidad del país transalpino, ofreció en todo momento apoyo económico y aliento moral a sus homólogos españoles. De forma que, entre otros, visitaron España a lo largo de mayo y junio de 1977, Benigno Zaccagnini, secretario de la DCI y la principal figura política de los democristianos italianos, Aldo Moro. Así, tras recorrer varias provincias andaluzas, Moro llegó a Granada, donde se sumó a uno de los actos electorales programados por la FDC. Allí animó a la ciudadanía para que se decantara por la democracia cristiana, única formación capaz de afrontar las dificultades que tendrían que abordarse para desarrollar plenamente la democracia.³² No obstante,

³⁰ «La F.D.C. crítica a la U.C.D. en sus mítines», *Ideal*, 3 de junio de 1977, pág. 21.

³¹ «Andalucía: Políticos ante las elecciones», *Ideal*, 6 de mayo de 1977, pág. 17.

³² «Aldo Moro. La democracia en España es un hecho consumado», *Diario 16*, 10 de junio de 1977, pág. 40.

y pese a la talla de estadista de Moro, los eventos en los que intervino, limitándose en Granada a ofrecer una rueda de prensa tras visitar La Alhambra y el Generalife,³³ no fueron especialmente concurridos, ni incrementaron los apoyos sociales a la democracia cristiana española. Los dirigentes italianos no representaban nada para el electorado, por lo que fueron consideradas personas «extrañas», rostros variopintos y lejanos, que desconocían los problemas reales de la gente de a pie y que solamente teorizaban sobre vacías abstracciones ideológicas.

Las deficiencias, improvisaciones y errores estratégicos de la organización de la campaña saltan a la vista si se observa la distancia que separaba los deseos y esperanzas de la FDC, de la realidad en la que estaban inmersos. Así, programaron la agenda con actos en los que intervendría su principal activo político, Ruiz-Giménez, los días previos a la cita electoral, sobrestimando tanto las posibilidades que tenían de movilizar a la ciudadanía como las de organizar grandes eventos. Sólo de esta forma podemos entender que barajaran la celebración de un gran mitin que tendría lugar en Granada, el día 7 de julio, reconociendo estar a expensas de poder costear la reserva de un estadio para llevarlo a cabo u optar por organizarlo en el Hospital Real, opción que rebajaba los costes y que, también, aseguraba el lleno.³⁴ Al final, el acto se organizó en el Aula Magna de la Facultad de Ciencias y, pese a que asistieron dos mil personas, lo que supuso que algunos interesados se quedaran fuera dada la reducida capacidad del recinto,³⁵ las palabras de los dirigentes y candidatos de la FDC no alcanzaron la resonancia que tuvieron los mensajes de Santiago Carrillo o Felipe González, líderes políticos que visitaron la capital días antes.

Además, ciertos factores externos enturbiaron la comunicación entre los democristianos y la ciudadanía. Y es que, tras décadas de régimen autoritario, en el ambiente sobrevoló el temor a que se produjeran incidentes que empañaran la campaña. No obstante, esto no sucedió en la provincia de Granada, aunque se dieron casos aislados de desencuentros entre municipios dominados todavía por élites franquistas y partidos que se habían opuesto a la dictadura y que concurrían a las elecciones. Uno de estos acontecimientos afectó a la FDC, y guardó relación con los impedimentos que ponían determinados ayuntamientos a la hora de ceder lugares públicos para que llevaran a cabo sus mítines. Pérez-Serrano denunció en los medios que, demasiado a menudo, las autoridades locales dificultaban la pegada de carteles de la candidatura que encabeza y que la inacabable burocracia que se tenía que afrontar para comunicarse con los

³³ Manuel Martín Romero, «Aldo Moro: “Traeremos el espíritu de solidaridad y comprensión para la Democracia Cristiana española”», *Ideal*, 9 de junio de 1977, pág. 19.

³⁴ AR-G [Archivo Ruiz-Giménez], 0054_054-14_001_0024A, 0025A y 0026A.

³⁵ «Ruiz-Giménez expresó su deseo de consolidar la reconciliación nacional», *Patria*, 8 de junio de 1977, pág. 14.

electores iba «en contra de una auténtica libertad de reunión».³⁶ El agravio comparativo que percibieron los democristianos aludía al favoritismo de las autoridades municipales hacia las candidaturas de UCD, orquestadas por el ministerio de Gobernación a través de los Gobiernos Civiles, estrategia escasamente democrática sobre la que ya habían llamado la atención los partidos de la coalición meses antes.

Así las cosas, la campaña en el conjunto de Andalucía no fue sustancialmente diferente a la desarrollada por la coalición en Granada. En ninguna de las provincias contaron con una base consistente de militantes, en todas adoptaron una estrategia de campaña respetuosa con las demás formaciones, y en muchas de ellas eran personas foráneas las que, o bien encabezaron las candidaturas democristianas o bien llevaron la voz cantante en los mítines y actos propagandísticos que organizaron durante los meses de mayo y junio.³⁷

Todo ello se tradujo en los resultados que cosecharon en la provincia, y que podemos observar en el Cuadro I. La democracia cristiana quedó muy lejos de los votos cosechados por la coalición UCD. Pero no fueron únicamente los centristas quienes se erigieron en únicos vencedores de la contienda electoral, pues el PSOE obtuvo, a su vez, tres diputados por Granada. En comparación, la FDC se convirtió en una opción marginal para los electores, también en relación a las dos formaciones situadas a ambos extremos de centristas y socialistas, que en Granada no cosecharon representación para las futuras Cortes, PCE y AP. El panorama fue distinto en la elección al Senado, pues la candidatura de *Senadores para la Democracia* sí se alzó con la victoria en la provincia. Así, tres de los cuatros escaños en juego para la Cámara Alta fueron a los hombres apoyados por la FDC, mientras que UCD obtuvo sólo un acta de senador, la correspondiente a Antonio Jiménez Blanco. Sin embargo, ninguno de los candidatos de la coalición vencedora eran miembros del partido democristiano, pues José Vida Soria pertenecía al PSOE, mientras que Nicolás de Benito y Juan José López Martos figuraban, entonces, independientes. En estas circunstancias, la situación postelectoral para los democristianos se antojaba crítica.

Cuadro I. *Resultados de las elecciones al Congreso de los Diputados del 15 de junio de 1977, Granada*

<i>Opción electoral</i>	<i>UCD</i>	<i>PSOE</i>	<i>PCE</i>	<i>AP</i>	<i>FDC</i>
Número de votos	152.498	111.746	33.879	24.573	3.104
<i>Diputados obtenidos</i>	4	3	-	-	-

Fuente: Recuperado de Internet (<http://www.historiaelectoral.com/e1977comp.html>). Elaboración propia.

³⁶ «La F.D.C. protesta por la actuación de algunas autoridades locales en la campaña electoral», *Ideal*, 2 de febrero de 1977, pág. 19.

³⁷ Antonio Checa Godoy, *Las elecciones de 1977 en Andalucía*, Granada, Aljibe, 1978.

OCASO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA ESPAÑOLA

Las urnas ahogaron todas las esperanzas democristianas de desarrollar en España el modelo de transición que se llevó a cabo en Italia tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. En efecto, socialistas y centristas les cerraban el paso, a ellos y a los comunistas, y los votantes lo habían refrendado con sus votos. De modo que, en las futuras Cortes no se dejarían oír las voces de Ruiz-Giménez o de Gil-Robles, y tampoco tendrían peso las propuestas de un humanismo cristiano y progresista en el proceso constituyente que estaba a la vuelta de la esquina. Asimismo, el bipartidismo que muchos vaticinaron en los sesenta, parecido al que se daba en el país transalpino, dejaba paso a una realidad donde el futuro para la coalición FDC y para los partidos que la integraban se ceñiría a replantarse el camino a seguir y a analizar si valía la pena intentarlo de nuevo, más adelante.

Los democristianos granadinos desaparecieron de la escena pública tras las elecciones del 15 de junio. *Idealy Patria*, los periódicos más leídos en la provincia, dejaron de prestar atención a una coalición derrotada y repleta de dudas sobre la hoja de ruta a seguir después de que la ciudadanía les hubiera dado la espalda. Las noticias relativas a la FDC se limitaron a exponer las declaraciones de los dirigentes de ámbito nacional, Ruiz-Giménez y Gil-Robles hijo, que señalaron algunas de las causas de la derrota. Los dirigentes y candidatos de Granada callaron y, sin prisa pero sin pausa, se alejaron del proyecto de la coalición: bien para volver a sus actividades profesionales, bien para acercarse a formaciones más representativas socialmente. Solamente apareció en prensa, durante aquellos meses estivales, un escueto comunicado de la asamblea general provincial de ID, que informaba sobre el cese en su militancia y de toda relación con el partido y con la coalición FDC de Eduardo Caracuel Romero.³⁸ Éste se tramitó un par de días después de la jornada electoral, y demuestra las funestas consecuencias que conllevó la debacle en las urnas de los democristianos, pues Caracuel había sido representante de la formación en la *Coordinadora Democrática* de Granada y, por tanto, uno de los pioneros en la provincia entre los hombres de Ruiz-Giménez.

Parecido camino siguió la número uno de la candidatura, María Isabel Pérez-Serrano, que permaneció en ID hasta que algunos de sus compañeros decidieron abandonar el partido al comprobar que éste no convergería hacia UCD.³⁹ Posteriormente se vinculó a la subdirección general de la Condición Femenina, organismo de nuevo cuño y que dependía del ministerio de Cultura, que integró a sectores moderados del movimiento feminista. También se afilió al partido centrista, aunque no volvió a formar parte de ninguna candidatura electoral. Por su parte, José Luis de Mena, tras

³⁸ «Izquierda Democrática cesa a don Eduardo Caracuel», *Patria*, 22 de junio de 1977, pág. 10.

³⁹ *Informaciones*, 5 de noviembre de 1977, pág. 3.

el fiasco electoral, regresó al periódico *Ideal*, donde retomó su profesión e informó, durante años, sobre asuntos sociales y laborales, dedicando especial atención, como ya hiciera antes de su breve incursión política, a la problemática agraria andaluza.

La trayectoria posterior de otros candidatos y personas vinculadas a la democracia cristiana en la provincia tampoco siguió unas pautas homogéneas. Así, Gerardo Moréu, al que los democristianos intentaron incluir, sin éxito, en la candidatura de *Senadores para la Democracia*, fue candidato al Senado por Granada aquellas mismas elecciones, pero por parte de UCD. Aunque ni siquiera desde las filas centristas alcanzó el acta. Moréu se afilió al partido y permaneció en él hasta 1980. El caso de Eduardo Caracuel, concejal del Ayuntamiento de Granada por el *Partido Popular* desde 2012, es distinto, pues se vinculó al principal partido de centro-derecha años después. El resto de personas que conformaron las listas electorales de la FDC en la provincia optaron por abandonar la escena política. De manera que uno de ellos se desvinculó de la actividad pública y se involucró en el ámbito empresarial, y otro se dedicó al comercio a través una mediana empresa de productos agrarios. La única excepción, y a medias, fue la de José Millán, quinto en la candidatura para el Congreso, que se apartó de la primera plana política pero fue arquitecto municipal de Salobreña y, posteriormente de Almuñécar. Su trayectoria, además, estuvo ligada a destacados dirigentes del PSOE, como Luis Daza, responsable del área de coordinación institucional de la Ejecutiva provincial socialista a principios de los ochenta, y con el que mantenía relaciones de parentesco, pues era su cuñado. Ambos se vieron inmersos en un asunto de irregularidades urbanísticas relativas a edificaciones costeras llevadas a cabo en Salobreña cuando Millán ejercía de arquitecto del Ayuntamiento,⁴⁰ aunque eso no evitó que permaneciera ligado a consistorios de la costa de Granada años después, ya en pleno siglo XXI.

Más allá de las personas que le dieron forma, el futuro político de la democracia cristiana granadina se afrontó en el *I Congreso de la Democracia Cristiana Andaluza*, celebrado en Málaga, en septiembre de 1977. Mantener la federación de los dos partidos o integrarse en UCD fue el principal, y casi único, tema de debate para las 150 personas que acudieron a aquel evento. Sin embargo, el escaso peso de la agrupación en la estructura regional de la coalición se dejó sentir durante el desarrollo del propio *Congreso*. De manera que, ni quienes presidieron el mismo eran dirigentes de la formación en Granada, ni las ponencias más relevantes que se presentaron procedían de militantes de la provincia. En contraposición, los comités de Málaga, Cádiz y Córdoba se erigieron en portavoces de las distintas propuestas en liza: abandonar la autonomía y ceder ante el victorioso reformismo, o proseguir por la senda que tantos sinsabores deparó

⁴⁰ Eduardo Castro, «Dimite el arquitecto municipal de Salobreña», *El País*, 9 de marzo de 1983.

electoralmente.⁴¹ En cualquier caso, la militancia democristiana, ya antes escueta, en la provincia, no tuvo quien la representara, señal de que, en Granada, las elecciones fueron el principio del fin de cualquier tipo de proyecto democristiano.

Pero, para sorpresa de algunos medios de comunicación, los asistentes se decantaron por permanecer autónomos y no dejarse fagocitar por UCD. Al respecto, sólo hubo cuatro votos a favor de entablar conversaciones con el centrismo para acordar una vía de integración, mientras que se emitieron 85 votos contrarios a esta propuesta. Para dejar claro que proseguirían en su empeño, propugnaron la unión de todos los democristianos andaluces en torno a un único partido político pero, en línea con la preponderancia de los órganos centrales de la FDC en Madrid, la capacidad ejecutiva de los congresistas quedó a expensas de las decisiones que tomara el próximo Consejo Nacional de la coalición.⁴²

Cualquier resquicio de porvenir para la democracia cristiana, sin embargo, saltó por los aires una semana después. El Congreso de ID consagró la ruptura de la FDC, aunque la votación que disolvió la coalición fue muy ajustada, y reafirmó la distancia que los separaba de UCD. El programa aprobado remarcó la tendencia ideológica, de izquierdas, del partido, y aplazó la integración de otros sectores sociales afines. Mientras tanto, un grupo muy importante, encabezado por el secretario general saliente, Jaime Cortezo, denunció el brusco viraje postelectoral y anunció que abandonaban ID.⁴³ Así las cosas, la vertiente progresista de la democracia cristiana dinamitó la coalición y, al unísono, tuvo que afrontar la escisión de algunos de sus principales dirigentes, Mabel Pérez-Serrano entre ellos. Los que se marcharon lo hicieron, indirectamente, hacia UCD, en tanto que quienes permanecieron en sus puestos afrontaron una crisis prolongada que no concluyó hasta enero de 1979.

Después de que el presidente del Gobierno disolviera las Cortes y convocara las que fueron las primeras elecciones plenamente democráticas, en marzo de 1979, tras la aprobación de la Constitución, ID encaró su definitiva disolución. Acuciados por las deudas, desprovistos de un proyecto consistente y de militantes capaces de revitalizar una idea que ya fracasó dos años antes, se autorizó a los cuadros del partido a seguir su propio camino.⁴⁴ Restaba, únicamente, liquidar la precaria estructura y dejar que fuesen los nominalmente democristianos de UCD quienes, en todo caso, llegasen algún día a regresar sobre sus pasos y edificar una democracia cristiana que, durante la transición, quiso ser y no fue.

⁴¹ P. Antúnez, «Málaga: Comenzó el Congreso de la Democracia Cristiana Andaluza», *Ideal*, 18 de septiembre de 1977, pág. 16.

⁴² «La Democracia Cristiana Andaluza dijo no a su integración en U.C.D.», *Ideal*, 20 de septiembre de 1977, pág. 20.

⁴³ Logos, «Izquierda Democrática, dividida», *Ideal*, 25 de septiembre de 1977, pág. 8.

⁴⁴ AR-G: Acuerdos sobre la disolución de Izquierda Democrática, 1979, 0055_055-10_001_0005A y 0006A.

CONCLUSIONES

«¡Parecía que Alicante era nuestro!».⁴⁵ Esta fue la impresión que recogió en su diario el presidente de la FDC, Joaquín Ruiz-Giménez, tras intervenir en uno de los mítines que organizó la coalición durante la campaña electoral. El dirigente más destacado de los democristianos intervino, del mismo modo, en un acto en la provincia de Granada e igualmente el recinto registró un lleno absoluto. Esto animó a los miembros de la candidatura porque, a fin de cuentas, el resultado electoral no estaba escrito de antemano y, después de años de dictadura, la ciudadanía podía revertir la tendencia que marcaban las encuestas y apostar por las listas que presentaba la democracia cristiana. Pero ni en el ámbito nacional ni tampoco en la circunscripción de Granada, se colmaron las expectativas de la *Federación*. Los votos no les depararon ningún acta de diputado para el Congreso. Al contrario, multiplicaron las dudas sobre un proyecto renqueante prácticamente desde sus orígenes.

Tras la muerte del Franco, y aún en la ilegalidad, los democristianos redoblaron su actividad pública con vistas a darse a conocer. Vinculados a plataformas de la oposición, llevaron a cabo congresos, encuentros con los medios de comunicación e iniciaron la puesta a punto de un proyecto común para acudir unidos a las urnas cuando se celebraran elecciones libres. Sin embargo, en el año y medio que transcurrió entre la desaparición física del dictador y la celebración de los comicios, el 15 de junio de 1977, la democracia cristiana española tuvo que afrontar dos graves carencias que, a medio plazo, le impidieron consolidarse. La primera fue la postura adoptada por la jerarquía eclesial, que a través de la Conferencia Episcopal les negó un apoyo que, en otras partes del continente, la Iglesia prestaba a los partidos democristianos. En el caso concreto de Granada, el arzobispo, y amigo personal de Ruiz-Giménez, Emilio Benavent, no se apartó un ápice de las consignas neutralistas con las que la institución se planteó encarar el proceso. Sin embargo, otras sedes episcopales, así como sus respectivos titulares, sí expresaron sus críticas hacia los partidos de izquierda y los partidos que integraban la FDC, pues éstos apoyaron una candidatura conjunta con socialistas y comunistas para la Cámara Alta, *Senadores para la Democracia*. El segundo gran problema que afrontaron estuvo relacionado con la falta de militantes, ya que en la semiclandestinidad de los sesenta y setenta, el mensaje democristiano no impregnó a los sectores sociales más movilizados, como las asociaciones de vecinos, el movimiento obrero y los curas obreros. De manera que, cuando comenzaron a perfilar la estrategia electoral se encontraron con que apenas disponían de unas decenas de afiliados, como sucedía en Granada, y que difícilmente dicha estructura podía adecuarse a los objetivos políticos que los dirigentes nacionales de la coalición se habían marcado.

⁴⁵ Joaquín Ruiz-Giménez, *Diarios de una vida. 1967-1978*, Madrid, Cortes Generales, Defensor del Pueblo, 2013, pág. 765.

La senda seguida por los democristianos en esta provincia andaluza, meses antes de la campaña y durante la misma, nos ha permitido identificar que el veredicto de las urnas les fue adverso debido, sobre todo, a carencias y errores endógenos. Así, tanto las personas que dieron forma, en el espacio local, a la coalición, como la estrategia adoptada por ésta cara a los comicios, no se ajustaron a los condicionantes internos y a los requerimientos ciudadanos. En primer lugar, adoptaron un perfil bajo en cuanto a sus candidatos, contrariamente a lo que hizo UCD. En segundo lugar, compitieron en búsqueda de un voto, el moderado y reformista, que, dada la correlación de fuerzas y la disparidad programática entre ambos proyectos, no estuvieron en disposición de disputar. Y, en tercer lugar, optaron por presentarse como una ideología homologada internacionalmente y que contaba con el apoyo de destacados dirigentes democristianos europeos, pero olvidaron que el grado de politización de la sociedad se ceñía a los problemas socio-económicos que le eran inmediatos. En resumidas cuentas, no conectaron, o no supieron cómo conectar con los sectores de la población a los que se dirigieron, ni en la circunscripción electoral de Granada ni, tampoco, en el resto de España.

Por todo ello, el paupérrimo resultado que les depararon las urnas asestó un duro golpe al intento de los democristianos de desarrollar su proyecto político y encarar la consolidación de la democracia desde las instituciones. Poco tardó en romperse la FDC, aunque uno de los partidos que la integraba, ID, sobrevivió a la debacle electoral entre intensos debates internos y vanas estrategias de subsistencia, hasta que desapareció en enero de 1979. Mientras tanto, se produjo un goteo incesante de abandonos individuales y de escisiones de bloques de militantes en desacuerdo con continuar una senda que ya se había mostrado intransitable. En Granada también se dejaron sentir las consecuencias de la crisis que, si bien tuvo su epicentro en las plantas altas, en los despachos de los principales dirigentes, terminó por vaciar de contenido político y de personas las estructuras de la formación. Tras la transición, la democracia cristiana se convirtió en un recuerdo del pasado, en una corriente desdibujada dentro de las formaciones de centro-derecha y en uno de los muchos proyectos que quedaron en los márgenes, fuera del sistema y sepultados por la narrativa hegemónica del proceso democratizador.

